m²

SUPLEMENTO DE ESTILO
Y DECORACION DE PÁGINA/12.
SABADO 8 DE NOVIEMBRE DE 2003.
AÑO 5. Nº 249.

leyes

un debate legal sobre autopistas en Estados Unidos
muestra los usos de la ley para preservar el patrimonio,
y exhibe la orfandad en que vive el nuestro.





El tejido y el borde

Tres casos de aplicación de las ideas de Alberto Varas para la relación entre el tejido urbano y esos bordes donde la ciudad toma contacto con la naturaleza.

POR MATÍAS GIGLI

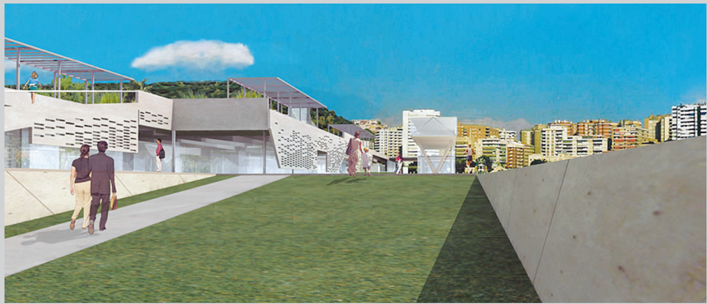
Tanto desde el urbanismo como desde la arquitectura, Alberto Varas toma a la ciudad como objeto de estudio. La parte teórica son sus dos libros sobre nuestra ciudad –Buenos Aires Metrópolis y Buenos Aires Natural+Artificial–, la materialización consiste en la parte del proyecto de Ciudad Universitaria –el acceso al Parque de la Memoria y Parque Natural en los bordes de la Ciudad Universitaria– ya construida. Como verificación en la práctica de sus ideas, Varas trabaja actualmente en intervenciones en diversos centros urbanos.

Una ciudad necesita ser transformada y modificada según suceden los cambios de usos. La relación con el entorno natural es un tema que en esta última década volvió a ser valorado, tras años de priorizar aspectos vinculados con la circulación vehicular o la generación de nuevos núcleos habitacionales. En este aspecto, Alberto Varas puntualiza la diferencia entre intervenir en situaciones de tejido vinculado con la masa edilicia construida, e intervenir en los bordes de una gran ciudad, su relación con la naturaleza circundante.

Como ejemplo de trabajo en los bordes, se puede tomar la propuesta de Varas para la ciudad española de Málaga, que toca los aspectos más relevantes de una relación ciudad-mar (ver imágenes). Las infraestructuras portuarias de principios del siglo XX están siendo transformadas para usar el puerto como un espacio de paseo y de recreación. En el caso de esta ciudad andaluza, se concursó hace poco la reestructuración de su muelle 2. Alberto Varas y Pablo Vela, junto con el español Ricardo Oroza (Grupo VOV), elaboraron una propuesta que fue ampliada en mayor detalle luego de superar una primera selección y llegar a la instancia final de evaluación.

Para esa fase, fueron estudiados temas que –desde la relación del puerto con la ciudad– incluían la transformación de un viejo silo en museo, juntamente con la propuesta de un acuario y la inclusión de áreas comerciales y gastronómicas, todo estructurado en base a un gran paseo lineal que toma toda la extensión del proyecto. La intervención urbana es de una magnitud tal que compromete quinientos metros lineales de borde de mar. Lo que alguna vez fue el gran puerto de Andalucía, hoy con los cambios tecnológicos que implican trabajar con contenedores, quedó obsoleto en sus instalaciones. A esto se suma el intenso uso del puerto por parte de los cruceros turísticos, que movilizan a gran parte de los visitantes de la región.

Por otro lado, está la propuesta de Varas, Vela y Oroza para la ciudad de San Sebastián, en el País Vasco, un ejemplo de trabajo sobre el tejido. El proyecto del grupo VOV articula dos barrios a través de un Parque de la Memoria, que funciona como rótula urbana. Esta articulación organiza ambos sectores de la ciudad, vinculando el tejido con una nueva pieza a escala urbana. Para ingresar al concurso, los arquitectos debieron presentar como material requerido para la primera selección simplemente un texto contando la propuesta y un currículum. Con esos antecedentes e ideas de propuestas se efectuó la selección. ■



El problema con las leyes

Las asociaciones que cuidan el patrimonio en Estados Unidos están en alerta por el cambio en un oscuro inciso de una ley de autopistas. Una polémica que muestra cómo se puede usar hasta la legislación más remota para cuidar la historia con la condición de tener interés y gente movilizada, y cómo los argentinos seguimos perdiendo y por qué.

POR SERGIO KIERNAN

Hay dos elementos indispensables para la identidad de las naciones. Uno, el lenguaje, es inmaterial. El otro es la creación más palpable que se pueda concebir, el patrimonio edificado. Así como no comparten en absoluto sus caracteres físicos, estos dos elementos tienen una relación inversa y contraria con la ley. De nada sirve tratar de regular el lenguaje, excepto para hacer el ridículo como lo hicieron los censuradores de tangos de la década del cuarenta. Pero el patrimonio sin ley es un huérfano sin protección, uno de esos chicos de las novelas de Dickens que andan al garete y dependiendo del azar del que los cuide o los use. El patrimonio argentino está básicamente en una orfandad de feo pronóstico.

Un debate legal norteamericano sirve para ilustrar el punto. Como los argentinos, los americanos creen que la propiedad privada es realmente privada y cada uno hace de su *tujes* un jardín. Aunque mucho menos corruptos que nosotros, en el Norte las "excepciones" inmobiliarias y la indiferencia al patrimonio son tan difundidas como en este Sur. Americanamente, ambos pueblos parecemos creer que todo lo nuevo es necesariamente mejor, aunque más sea por nuevo. Sus ciudades desaparecieron ante sus ojos de generación en generación: la Nueva York de fines del siglo 19 es como un sueño, con restos esparcidos aquí y allá en los edificios de Central Park, alguna hilera de brownstones y un puñado de edificios tan caros que resultó imposible demolerlos, como el Dakota.

Los europeos, en cambio, transformaron en muchos casos su rotunda identificación entre historia y edificios en leyes de variable dureza. En un extremo están países como España, cuyas grandes ciudades son de una mediocridad abrumadora pero conservaron centros históricos y edificios relevantes. En otro, naciones como Francia y Gran Bretaña, donde se protegen edificios individuales, conjuntos urbanos y pueblos enteros. El sistema británico es la sencillez misma: hay una Lista Nacional en la que todo edificio está incluido y tiene un grado. Un tesoro histórico –la abadía de Westminster, Buckingham o el puente de Londres, para dar ejemplos obvios– tiene grado Uno y es intocable. Un edificio a estrenar en un barrio que hasta ayer era campo tiene un grado Tres y ninguna protección. En el medio hay un inmenso grado Dos, la herramienta que mantiene la identidad del país, con protecciones al exterior y al interior, en casos relevantes.



SANDRA CARTASSO

Cuando se pasaron estas leyes, los lobbies de la construcción pusieron el grito en el cielo, las inmobiliarias se rasgaron las vestiduras y los modernistas bufaron desde las alturas intelectuales. Con el tiempo, se descubrió el negocio de expandir las ciudades; las inmobiliarias vieron que las propiedades protegidas se prestigiaban y valorizaban, y los arquitectos recordaron que siempre hay espacios para edificios nuevos y modernos. El resto del mundo se toma aviones y gasta considerables dineros en ir a Europa a ver lo que estas leyes salvaron.

Nada de eso ocurre en EE.UU., que no tiene una ley nacional del patrimonio y que protege ciertos tesoros con bastante errático sistema de monumentos nacionales pensado, como el nuestro, para cuidar cabildos, casas de próceres y algún parque nacional. En este noviembre recién estrenado, las tropas del preservacionismo están movilizadas para cuidar un inciso de un artículo de una ley que aparentemente nada tiene que ver con la historia. Es la Sección 4 F del Acta del Departamento de Transportes, que trata de un tema que a los empobrecidos argentinos nos parece de ciencia ficción: el problema urbano del exceso de autopistas.

Después de la Segunda Guerra Mundial, EE.UU. comenzó un inmenso programa de construcción vial. Fue entonces que el país creó esa red envidiable que la cuadricula de lado a lado, y fue también entonces que sus ciudades empezaron a ser demolidas al por mayor. Quien recuerde lo que fue la construcción de las autopistas porteñas, que le dieron el golpe mortal a San Telmo, sabe de qué se trata. Para 1966, los norteamericanos ya habían perdido zonas históricas enteras, veían barrios aislados por las autopistas que teóricamente debían unirlos a sus ciudades, y estaban algo cansados de la histeria destructiva. El Congreso pasó el Acta y en la Sección 4 F prohibió taxativamente demoler zonas históricas y construir autopistas "excepto que no hubiera alternativas posibles y prudentes."

Curiosamente, este parrafito se transformó, en palabras de Richard Moe, presidente del National Trust for Historic Preservation, la sociedad histórica más importante de Estados Unidos, en "la ley federal de preservación más fuerte". La explicación es que el inciso fue usado una y otra vez por gente que no quería ver destruidos sus paisajes urbanos o naturales, no quería ver la piqueta llevarse su patrimonio e historia.

Pero este mes, el Congreso va a revisar la legislación por iniciativa del presidente George Bush, que quiere introducir un cambio sutil pero esencial: el 4 F dirá ahora que los constructores deberán "tener en cuenta" el aspecto patrimonial. Moe traduce este lenguaje como "traten de no destruir el patrimonio del país, a menos que sea mucha molestia."

A esta altura de la historia quedan en claro dos elementos. El primero es que a falta de una ley de verdad, como las europeas, se puede usar hasta un inciso perdido para dar batalla y ganarla. El Trust que preside Moe salvó en las últimas décadas incontables barrios y edificios de todo tipo de la desaparición usando ordenanzas barriales, leyes estatales, códigos de construcción y hasta reglamentos sindicales. ¿Cómo hicieron? Con el segundo elemento, que es gente que se organice y se preocupe. El Trust mismo es un ejemplo envidiable, una ONG con cientos de socios que vigilan como águilas y denuncian vandalismos privados y oficiales, y que crearon cosas como un circuito de turismo histórico que puso de moda hoteles de valor patrimonial.

En Argentina, estamos sin el pan y sin la torta: la legislación es débil y fragmentaria, su cumplimiento depende de la buena voluntad del que tenga la piqueta a mano porque el Estado es incapaz de vigilar y castigar, y el patrimonio parece ser una manía vagamente vergonzante de unos pocos. Por ejemplo, la ciudad de Buenos Aires tendrá a este paso su ley de patrimonio el día del arquero, por la noche. No parece haber el menor capital político a ganar en intentar salvar la ciudad, y sin ese capital no hay votos.

Por eso, el arzobispado porteño se salió con la suya al demoler la casa parroquial de San Miguel, protegida explícitamente a nivel municipal y nacional. Por eso, la quinta de los Anchorena desapareció para que una familia se haga sus chalets. Por eso, Alan Faena altera la volumetría del silo en Puerto Madero que está transformando en vivienda y hotel. Parece que por aquí no tenemos ni siquiera un inciso, o alguien que lo busque. ■

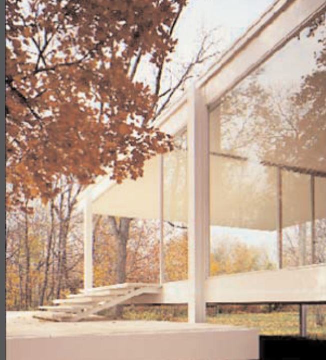


ADRIAN PEREZ

La demolición de San Miguel, pese a la doble protección, contrasta con la cautelosa revalorización de zonas protegidas. Contrastes de las leyes, su cumplimiento y sus faltas.

Dos casos en cuestión

Dos casos que involucran obras de maestros modernos muestran cómo se discute el patrimonio en un contexto en el que ya hay desarrollada una suerte de militancia. En el ignoto pueblo de Cloquet, Minesotta, acaba de salir a la venta la única estación de servicio diseñada por Frank Lloyd Wright. Construido en 1958, el local fue una especie de favor para un cliente, Ray McKinney, aficionado a la arquitectura moderna que acababa de encargarle una casa a su autor favorito. El cliente vivía en Cloquet y decidió invertir en una estación de servicio, como negocio. La que le diseñó Wright costó el triple que una convencional, pero debe ser de las más bellas jamás construidas. El edificio siguió en la familia estos 45 años y es el hijo de Ray el que la vende ahora, esperando que "alguien la mantenga abierta como estación de servicio, o haga una reutilización sensible". La estación está en perfecto estado y sin la menor alteración, con su hall vidriado y su torre futurista. Y hace muchos años que está en el Registro Nacional de Lugares Históricos.



Casi en la misma página de esa lista debe estar la casa Farnsworth, en Illinois, diseñada en 1946 por Ludwig Mies van der Rohe y una de sus obras más famosas. Completada en 1951 como casa de fin de semana en las afueras del pueblito de Plano, la Farnsworth está perfectamente integrada al paisaje y muestra en plena madurez el paisajismo que preparó Mies. El 12 de diciembre, la propiedad será rematada en Sotheby's de Nueva York, con una base de seis millones de dólares. El temor no es que se la demuela –nadie destruiría algo tan caro– sino que la casa o su esencial parque sean alterados, o que simplemente el edificio sea desarmado y transportado a otro lugar para ser revendido.

¿Alquien se imagina este nivel de preocupación por los detalles entre nosotros?



CAL Y ARENA

Bordeaux y Rosario

Los dos últimos días de octubre se realizó en Rosario un interesante encuentro entre ciudades ribereñas. El seminario "Ciudad río, recuperación de márgenes fluviales obsoletas" fue organizado por la Facultad de Arquitectura, Planeamiento y Diseño de la Universidad de Rosario, una ciudad argentina últimamente muy activa en el tema costanero, y la Ecole d'Architecture et de Paysage de la francesa Bordeaux. Curiosamente, los coordinadores de la experiencia eran todos argentinos: Emilio Maisonave y Cristina Argumedo por Rosario, y Carlos Gotlieb por Bordeaux.

El seminario fue un intercambio de experiencias en trabajos de urbanismo relacionados con sus ríos rosarinos y franceses, con trabajos sobre otros puntos como Lisboa, Bilbao y París. Participaron Jean Baptiste Rigaudy, director adjunto de l'Agence d'Urbanisme de Bordeaux; Anouk Debarre, arquitecta paisajista asociada al paisajista Michel Courajoud en el proyecto de transformación del paseo costero de Bordeaux; Daniel Vidal, secretario de Planeamiento de Rosario; y profesores de la Facultad de Rosario. El seminario fue la primera acción de un convenio de cooperación entre las facultades de ambas ciudades, que tienen poblaciones similares, son puertos históricos en plena transformación, y enfrentan problemas parecidos. Bordeaux también estuvo presente con una exposición en el museo Castagnino de fotos de Alejandro Leveratto y de pinturas argentinas en Bordeaux, curada por Diana Saiegh.

Urbanistas

Ayer se celebró el Día Mundial del Urbanismo con la jornada "Aspectos innovadores en urbanismo y ordenamiento territorial", organizada por el CPAU en el anexo del Colegio de Abogados porteño. La jornada duró de 9 a 19 y tocó los problemas urbanísticos en este nuevo siglo, la legislación porteña, las nuevas herramientas de gestión, la protección del aspecto patrimonial del urbanismo, los instrumentos tributarios –ejemplificados por el municipio Lo Barnechea, en Chile–, la gestión de empresas públicas, casos de ordenamiento y crecimiento urbanos, y el plan estratégico para la ciudad.









El libro de las golo

"Golosinas argentinas" es un curioso libro dedicado al diseño industrial de cosas ricas. Una recorrida por sus pautas, sus tradiciones y la constante necesidad de renovarse.

POR LUJÁN CAMBARIERE

●El envoltorio de la Tita o Rhodesia, la cajita de los corazoncitos Dorin's, el prototipo de los chocolatines Jack o la carita del alfajor Jorgito. ¿Quién las creó? ¿Quién es responsable de su forma, color y tamaño? ¿Quién cambió su envoltorio o resignificó la estética de su nombre? ¿Quién, en definitiva, diseña las golosinas?

Erica Rubinstein puso el ojo en eso, pero sobre todo en lo que va adentro. Autodeclarada acérrima consumidora de golosinas desde la más tempranísima infancia (cuenta que su madre sólo aplacaba las náuseas en su embarazo con confites m&m), hizo su elaboración personal de la composición-tema: "Golosinas argentinas". Desde el prólogo, comenta que la idea surgió en ella muy naturalmente, por el genuino placer de acceder al mundo de las golosinas con la posibilidad de recrearlo.

"Generar otra mirada. Detenerse en todas las posibilidades que un elemento tan cotidiano puede contener, y que lo artístico surja ahí donde no se lo espera", cuenta Rubinstein. Así, lo que empezó como un sueño personal, cumplió rigurosas cadenas y entramados de casualidades y no tanto (Rubinstein es licenciada en Artes y trabaja desde hace años como productora en el Centro Cultural Recoleta), convirtiéndose en un libro de setenta páginas editado por Ediciones Larivière. Diseñado por Nebur, con la participación de los diseñadores Alejandro Ros y Horacio Gallo, textos de Carlos Ulanovsky y Eduardo Archetti, fotografías de Adrián Rocha Novoa, Paula Stoliar y Román Viñoly, y la obra de artistas que trabajan con golosinas como Fabiana Barreda, Sebastián Gordín, Juan Mathé, Grupo Mondongo y del arquitecto Rafael Viñoly, entre otros.

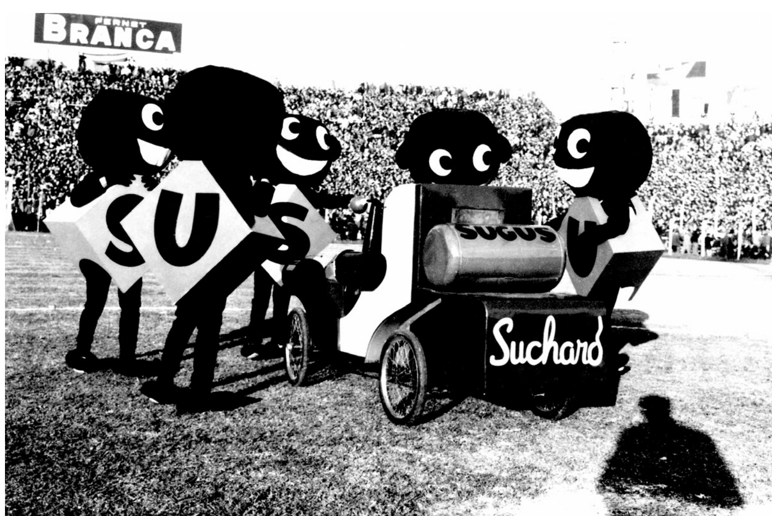
El libro hace un repaso de ciertos envoltorios, como un primer plano de la trama estampada del papel de las clásicas Rhodesia (diseño original de 1952) o de los lunares de los Paragüitas de chocolate, da cuenta del diseño de los tatuajes de los chicles y de obras de arte confeccionadas con golosinas como la bandera de chicles globo mascados de Juan Mathé o el velador con base de alfajor Jorgito de Sebastián Gordín. Pero a la vez el libro es una golosina en sí misma. Con tapas y hasta aroma a chicle, gracias a una laca especial, invita a una introspección por el mundo más dulce.



La más golosa

Rubinstein nació en 1970. Se graduó de licenciada en Artes en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y estuvo siempre ligada al diseño. Trabajó en escenografía, vestuario, decoración, dirección editorial y de arte, y desde 1997 integra el equipo de producción de la Dirección General del Centro Cultural Recoleta. Durante 2001 vivió en Nueva York trabajando en el Departamento de Diseño y Arquitectura del Museo de Arte Moderno, y en el estudio del arquitecto Rafael Viñoly. A su regreso encaró la edición del libro, investigando el tema desde diversos enfoques: gráfico, cultural, histórico, social, publicitario e industrial.

"*Golosinas argentinas* excede el carácter histórico o documental. Pretende provocar un doble movimiento entre la identificación y la distancia. Por un lado, se presentan las golosinas como integrantes de nuestra cotidianidad, parte de nuestra historia y de nuestras costumbres. Pero al mismo tiempo se trata de tomar distancia de las golosinas como objetos cotidianos para descubrir el aspecto estético y artístico que se encuentra en ellas. La golosina es una contraseña cultural y forma parte de nuestra identidad. ¿Quién no tiene su golosina favorita o alguna anécdota al respecto? Comer golosinas en mucho más que un hábito alimentario. Desde muy temprana edad, las golosinas empiezan a formar parte de las costumbres que nos definen. La golosina forma parte denuestro patrimonio: apela a la memoria de cada uno de nosotros", señala Rubinstein y con esto abre el juego a investigar lo qué hay más allá.



Diseño azucarado

Consultadas algunas empresas del sector, dan cuenta de los entretelones de la producción de una golosina argentina. "El desarrollo está liderado por el departamento de desarrollo de productos. Ellos son la parte creativa de la cadena y quienes bajan a la realidad y elaboran los conceptos y necesidades que marketing y consumidores desean. Vendrían a ser los reposteros o maestros carameleros que presentan varias alternativas o recetas para lograr el mejor producto que por lo general se prueba o testea con consumidores, y en función de eso se ajusta para satisfacer sus necesidades con creces", explica Ramiro Cuenya del Departamento de Marketing de Kraft Argentina, con productos como chocolates Milka, Tita y Rodhesia y los alfajores Terrabusi, Shot, Tita y Pepitos, entre otros. "El mercado de golosinas es muy impulsivo –continúa Cuenya–, por lo tanto, los consumidores buscan y exigen novedades constantemente. La vida de un producto en el mercado de golosinas es corta, por lo que es una categoría en la que la innovación es muy importante y año a año se buscan nuevas ideas", señala.

¿Existen colores, formas o tamaños prohibidos? Adrián Sánchez, gerente de marketing de Productos Lipo SA con chupetines, masticables y los famosos caramelos Gajitos, tiene una frase que resume la concepción de una golosina: "La golosina es divertida. Su envoltorio debe ser cálido y llamativo. Si bien hay códigos por sabor (rosa para la frutilla, azul para el ananá y amarillo para el limón), siempre debe buscar estar bien vestida. Sobresalir en la bandeja del quiosco que lamentablemente es de madera y metal y no de goma... no se estira. Por lo que la competencia es feroz", señala. Así, hoy, la tendencia, sobre todo pensando en los más chicos, marca el advenimiento de golosinas cada vez más ingeniosas: "Que pinten la lengua, tengan fish o jueguen con los contrastes con rellenos super ácidos". ¿La sorpresita? "La época cambió con los huevitos Kinder. Ahora muchos piden calcomanías o tatuajes. Veremos en qué deriva", explica Sánchez. ¿Por qué se deciden las reediciones o los cambios en las ya establecidas? "La vida de los productos es corta, por lo que muchas veces se decide prolongar su vida realizando mejoras o cambios en los actuales para relanzarlos al mercado", coinciden.

Entretanto, muchos siguen encolumnándose a favor de unas u otras. Mientras que Rubinstein confiesa querer ser, ahora sí, algún día, diseñadora de golosinas. ■

Golosinas argentinas*, Ediciones Larivière.* golosinas@argentina.com